

“Déborah, ¡entona un cantar!”

“Vivir hasta el fondo, el don único de existir”

¡Todos a retener esta frase! Trae imagen de marea para el 2010. Procede además de quien tiene autoridad para completarla así: “La bellaza recuerda al hombre su último destino y le da el valor de vivir hasta el fondo el don único de existir”.

Lo escucharon, a finales de noviembre, 262 artistas de todo el mundo que se reunían en Roma para recordar la “La Carta de Juan Pablo II a los artistas”. ¿Acaso no saben ellos como la Iglesia, que hay en la belleza un lenguaje de salvación?

Acabo de experimentarlo en estas vacaciones de Navidad que han sido para mí extrañas y duras. Menos mal que al regresar, tantos mensajes vuestros, oliendo a tiempo libre, me han levantado la moral.

Ahora se por experiencia que la belleza salva y consuela. Pero sólo os lo cuento sí os apretáis el cinturón porque el vuelo es “movido”.

Me fui de vacaciones después de perder inesperadamente a una gran amiga. Un funeral entrañable y unas copas en el bar de enfrente comentando con el cura la hermosa homilía. Corro a coger el tren. Poco después mis dos hermanas fabulosas sufren, la mayor un derrame cerebral y la siguiente una fractura de cadera. Todo en la semana de Navidad. Al regresar de vacaciones pérdida inesperada de otra buena amiga. ¿Quién da más? Como mis hermanas viven en ciudades distintas acompaño a la que esta sola en Almería. Días enteros en el Centro Médico. Y os ahorro porque lo visteis por la tele, los vendavales y lluvias que arrasaron a diario Andalucía. “¡Qué panodrama!” En principio, al llegar a las once de la noche, a mí precioso ático, veo con asombro, que las calles para acceder a la primera línea de playa, están levantadas, como las de Serrano, por trabajadores en paro. No entran taxis. Suerte que entre ríos de barro, hay aceras. Decido no separarme del bastón mientras hago equilibrios con el paraguas. Todo cerrado, todo a media luz, ni un ser vivo.

¡Al fin! Llego al piso. Y la llave se niega a abrir. Recuerdo que la chica de la limpieza tiene otra. Y me lanzo a buscarla. Encuentro un edificio monstruo con cientos de pisos y apartamentos. Y sólo sé que se llama Lola. Tragedia. Descubro el ascensor y subo parando en cada uno de los diez pisos, al grito de ¡Lola! Silencio. Vuelvo a subir, ahora, llamando de puerta en puerta. Más silencio. “No sabe, no contesta”. Al fin una señora amable me dice donde vive Lola. Doy gracias a Dios y llamo a la puerta. Me contestan los ladridos de una perrita.

Vuelta a bajar. Es cuando descubro, con espanto, que no encuentro la puerta de la calle. Me despistan cientos de pasillos, todos de mármol blanco de Makael, todos con paredes blancas, puertas blancas, todos en distintas direcciones. ¿Sabéis lo que es el Laberinto? ¿El Castillo de Kafka? decidí acurrucarme en un escalón y esperar los claros del día. Era la medianoche. Me encomendé a todos los santos, me levanté y, tras un muro, ¡jalegría! Vi la gran puerta de cristales y la lluvia caer.

Como el Centro Clínico estaba lejos, el regreso en el taxi cada noche era una aventura. Siempre el taxista con la misma cantinela: señora éste la tumba, éste le digo, que la tumba. “Éste” era el viento. Y casi lo consigue. En las bocacalles directas al mar, me empujaba con tal fuerza que tenía que poner el bastón en posición horizontal y engancharlo a las ventanas. Aunque me zurrara la espalda, nunca me tumbó. Era emocionante. Al fin, en casa. Buscaba la más pequeña habitación para calentarme.

“Déborah, ¡entona un cantar!”

Jerseys gruesos, galletas, mi pequeña radio, mis periódicos, cargar el móvil, rezar, dormir. Fue la primera Navidad de mi vida sin cena de Navidad.

Pero una noche...al cruzar el gran cuarto de estar, vi una luz por las rendijas de la persiana. Tiré de la cinta y ¡Dios mío lo que vi! Un barco enorme, a pocos metros de la terraza, iluminaba todo el mar. Estaba lleno de miles de luces deslumbrantes, de todos los colores, que apenas dejaban ver la cubierta. Todas juntas y engarzadas como brillantes y piedras preciosas de una enorme joya. El resplandor era increíble. En el agua, los rayos luminosos empujaban las pequeñas olas de espuma que se deshacían en la arena. Me llené de alegría recordando a Homero y su descripción hermosa del mar: “El de la risa innumerable”.

El barco me llenaba de una extraña felicidad. No eran las luces. Cada verano veo en las noches muchos barcos llenos de bombillitas que transportan árabes de media Europa hasta Nador, Melilla o Agadir. Pero ninguno como aquél.

Fue cuando descubrí que no se movía. Estaba quieto, enormemente quieto sobre el agua. ¡Qué fuerte!

La felicidad me desbordaba. De pronto se acercó una lancha con una luz roja y el barco empezó a moverse hacia el puerto. Me inundaban mil sensaciones. Si algo tan real me hacía así de feliz ¿Qué ocurrirá cuando veamos toda la belleza que nos espera? De vez en cuando recuerdo “a mi barco” y siento aquella felicidad que me llenaba de luz.

Estos días leo muchos resúmenes sobre los diez primeros años del tercer milenio. Complementos de los importantes que murieron en ellos. Y veo la vida pasar. La gente rodeada de luces y sombras. Un premio, un dolor, un viaje, un cáncer... deportistas divinizados que se suicidan ¡Tantos últimamente! Es extraño. Pero creo que todo tiene un sentido al final, siempre aparece por detrás un barco lleno de luces. Una belleza que consuela “¿Y si la belleza salvara al mundo?” se preguntaba Dostoyeski.

Presiento que así será el nuevo 2010. Algo grande vendrá a nosotros en la belleza, ese medio en el que Dios suele comunicarse. Vendrá a nosotros para consolarnos en cosas muy pequeñas. Vendrá en lo pobre y difícil. Pero vendrá. A veces me preguntó de donde saldría aquel barco...

Deseo que todos lo encontréis en este nuevo año. ¿Puedo desearos algo mejor?

Un abrazo.

Déborah

